

de la obediencia que os deben. (Salmo XXI). *Por eso no se levantarán los impíos en el juicio: ni los pecadores en el concilio de los justos.* (Salmo I). Al cumplir con la ley de amnistía por la que se perdona al que llora, Dios es justo; al castigar es bueno, porque si lo hace durante la vida del pecador, es para que se convierta y se salve; si después de la muerte, ó es para purificarle en el purgatorio si alcanzó misericordia, ó lo terrible, pero necesario, aparte eternamente á lo bueno de lo malo, á los bienaventurados de los malvados. Así es, que creyendo en la misma perfección de Dios no hay antagonismo entre bondad y justicia, tanto más, cuanto que Su Divina Majestad es aplacable por la misericordia: luego es necesaria la resurrección, pues solamente de esta manera es equitativa la justicia eterna; si es verdad que todas las perfecciones de Dios son eternas, porque eterno es Dios. Si el alma y el cuerpo obraron el bien, alma y cuerpo serán bienaventurados eternamente: alma y cuerpo practicaron mal y no hubo hasta la muerte dolor de haber ofendido á Dios, alma y cuerpo sufrirán el castigo sin fin y remisión, porque la justicia divina es infinita que obra perfectamente y no cesa jamás.

La muerte que precede á la disolución de la materia del hombre, sería el colmo de la injusticia, si estuvieran medidos con el mismo rasero el bueno y el malvado: tiene que haber un más allá, si hay justicia divina; en donde se premie lo que no tuvo recompensa en la vida, si es que hay Dios, y en donde la maldad del impenitente sea castigada; y que hay Dios, lo sabemos los cristianos y lo verán los que lo niegan; pero ¿cómo lo verán? Esto es lo tremendo de la infelicidad en que caerán los deistas: ver á Dios bueno y justo. La muerte, que parece ser el fin del hombre para los materialistas, no es sino el principio de lo interminable. Cuando el hombre llega á gozar del principio de su razón, que se puede decir es el principio de la vida racional, ignora continuamente por mucho que sepa qué es lo que sufrirá, ó gozará durante su permanencia en la tierra; pero en el momento de la muerte, que es cuando se verá á Dios juzgando, entonces sí se sabrá cuál ha de ser la suerte que le toque por una eternidad.

Siendo hoy orgullosas las ciencias médicas por creer que están ya cerca del pináculo del saber, debe el médico filósofo tener presente, que siendo como es, la muerte, el castigo de la culpa, ¡jamás podrá conseguir la Medicina que

el hombre deje de morir, y que á esto aspira, lo dice el afán con el cual busca los medios de evitar la enfermedad, y si no ha sido ésto, los que la causan, y esta consideración, será de mucha importancia para alejar la soberbia, que es la que ciega hoy á la ciencia orgullosa. Por este motivo he querido empezar mi trabajo pensando en la muerte.

CAPÍTULO II.

Por qué la ciencia es orgullosa y desdeña lo sobrenatural.

La soberbia es la causa primera de todos los males. Satanás arrastró á todos los ángeles que abusaron de la libertad que se les concedió para merecer la bienaventuranza, en la cual fueron creados; el orgullo los cegó á tal grado, que no vieron á Dios como autor de su existencia, y que por él fueron creados excelentísimos y perfectos, por lo cual creyeron ser dioses que no debían estar sujetos á otro Dios; pero tras del pecado advirtieron que su rebelión les dió otro señor sumamente malo, en lugar del que despreciaron y que es infinitamente bueno. Al rebelarse, se amaron con orgullo, no consintiendo ninguna superioridad sobre ellos, en un momento se creyeron sublimes sobre todo ser, y en un terrible instante, los ángeles bellísimos se convirtieron en demonios, descendiendo de la suprema dicha á la tremenda infelicidad; viéndose entonces inferiores, no obstante su soberbia, á todos los espíritus fieles á su Creador. Comenzó en Satanás en todos sus secuaces la envidia, hija de la soberbia no satisfecha. Entonces empezó el odio á Dios y á todas las criaturas buenas. Lucifer, como primero en la soberbia y en la ingratitud, como instigador de

los rebeldes, fué el superior malvado á quien estos obedecieron, no por amor hacia él, sino por el odio que tuvieron á Dios, igual al que mutuamente se tienen.

Viéndose el Diablo perfecto en alto grado, consideró que á nadie debía su existencia; errando desde entonces no obstante su grande sabiduría, no consintió supremacía sobre él, y su soberbia lo convirtió en el mayor malvado. ¿Qué sentiría al saber que Dios había formado al hombre á su imagen y semejanza? Ninguno puede comprenderlo, más que Dios y él! Al no consentir el Demonio supremacía sobre él, odió con furor á la nueva criatura, y para perderla, y para hacerla caer en la infelicidad que desesperado sufre, convencido por esperiencia propia de lo que es capaz la soberbia, tuvo por seguro que el hombre había de caer por el orgullo hasta donde él había descendido, haciéndole entonces su vil esclavo. Infundió, tentado á la mujer, el deseo de poseer la ciencia del bien y del mal, haciéndose, por tanto, ella y Adán semejantes á Dios. Seducido el hombre, el mal se hizo fecundo en la especie humana y fueron engendrados los pecados capitales. Con horrenda satisfacción vió el maligno espíritu á los hombres ofendiendo gravemente á Dios, hasta el grado de que, según dice Moisés, el Creador se arrepintió de haber creado al hombre. Pero desde entonces la virtud puede tanto para aplacar la cólera de Dios, que Noé, justo entre tantos malvados, se salvó, y con él, toda la especie humana. El pecado original, causa de la viciosa propensión á la maldad y á la ingratitude, es el estigma con el cual nace el hombre para dejarse dominar de ser tan soberbio como el Diabolo; de allí es que resultan tantos miserables que desconocen á Dios y aunque teniéndole presente, vuelven el rostro para no fijar la vista en la inmensa é incomprendible grandeza que demuestran las obras de Dios; rehusan adorarle y se postran ante lo vil, lo feo, lo inmundo.

Por esta tristísima vanidad sugerida con repugnante malicia por Satanás, el hombre ha adorado á las criaturas, á las pasiones y maldades, cuando ha sido pagano, ó si no, cuando orgulloso supone por su ciencia ser llamado el *dios humanidad*, que es á lo único que aparentan venerar el positivismo y el socialismo; adoran á la casualidad disfrazada con el nombre de madre naturaleza, y ha llegado el pobre vanidoso, positivista ó materialista, á tal grado de sumisión á Lucifer, que por sugestión suya odia el nom-

bre de Dios y le repugna oírle mencionar como Creador suyo, prefiriendo ser descendiente del mono, á ser hijo de Adán, formado por la mano de Dios y animado por el soplo divino que creó el espíritu del hombre. *Sabed que el Señor él es el Dios: El nos hizo y no nosotros á nosotros.* (Salmo XCIX, 3). Si Moisés en vez de referir la historia de la creación, tal como fué y de cuya relación se han burlado Voltaire y sus secuaces, hubiera contado que el tiempo ha ido preparando, modificando, la materia eterna, siendo tan eficaz su acción, que ha podido una vez enfriado suficientemente el globo incandescente, llegar la época en la cual se produjeron las celdillas, gérmenes de los animales, que sufriendo modificaciones determinadas por el medio ambiente, se fueran sucediendo las generaciones, y una de tantas, progresando, llegó á producir al hombre, entonces los Voltaire, los Lamark, los filósofos enciclopedistas, habrían admirado al legislador hebreo y le hubieran sentido en la cumbre del saber humano. Consiguio pues, Lucifer, que se despreciara al historiador que llamó al Creador *Dios*, para admitir la eficacia del tiempo y del medio como causa generadora del Universo, y aunque los hombres malvados odian á Dios como lo odia el Espíritu maligno, no por eso éste los ama, al contrario, porque son hombres los detesta y les tiene envidia, tanto como aborrece á Nuestro Señor. Aquella envidia es tanto más terrible, cuanto que él, malvado Satanás, no fué digno de la misericordia que Dios usó con el hombre, y tan grande, que al perdonar, prometió la Redención, la maravilla más grande de bondad que aventaja á todas las maravillas que procedieron del divino amor.

El hombre ha de morir, pero ha de ser para salvarse por estar curado por el bautismo. Satanás no murió; pero preferiría ser aniquilado á sufrir la degradación que le desespera. Quiere vengarse en el hombre; para perjudicarlo, le adula para hacerle soberbio y que reniegue de Dios; engañándole con el amor propio, haciéndole consentir en la supremacía de la razón humana para deificarla, como él quiso hacerse dios, es decir: procura pervertir y perder á su aborrecido por el mismo pecado que él cometió.

¿Por qué el hombre cae en la tentación de la soberbia desconociendo á su Padre? ¿Por qué él que ha sido creado, redimido, ennoblecido por Dios, paga á su Creador y Redentor con tanta ingratitude? Porque desde la creación

del mundo, Lucifer ha sido el enemigo de todas las obras de Dios, y en la criatura dotada de entendimiento y libertad, ha sido sobre la que ha reconcentrado su rencor, haciéndole el principal objeto de su venganza, y ya que hasta los Angeles fieles á Dios no puede llegar su saña, por mucho que le satisfacería verles acompañándole en el tormento, procura, con ahínco, atraer á participar de su infelicidad á todos los hombres, que se dejan dominar de la soberbia, cometiendo así los gravísimos pecados de ingratitud y de rebelión, que son los que más halagan al padre de todo lo malo. Sugiriendo Satanás al hombre falsa sabiduría, consigue más, que oscureciendo con tinieblas de ignorancia al entendimiento humano; entonces deslumbra al iluso sabio con supuestos más difíciles de ser comprendidos que los verdaderos misterios de la fe. Solamente así consigue el Enemigo que el hombre desprecie la preciosa y necesaria noción de Dios y del espíritu, y que en su lugar, le satisfagan más, hipótesis tales como las transformaciones sucesivas de la naturaleza eterna, que porque sí, ó porque nó, en ciertas circunstancias resultan cuerpos minerales en otros vegetales ó animales, despreciando al rechazar con orgullo la Creación como principio de las cosas.

Tan fuerte es el poder del enemigo del hombre cuando se vale de la soberbia para pervertirle, que más consigue que se le rindan hombres de talento y capacidad, que pobres de espíritu; pero no se conforma con este triunfo, puesto que aquellos son instrumentos muy poderosos para atraer por medio de la persuasión á un grande número de entendimientos débiles, que se alucinan con los aparatos deslumbradores de la ilustración, de la libertad del pensamiento, del progreso, de la despreocupación, etc., que tan agradable son á todos aquellos á quienes les es pesado el yugo del cristianismo. La tribuna, el libro, la cátedra de que se apoderan los instrumentos del Diablo, sirven, para exponer con elocuencia y bien decir, las falsas doctrinas, á las cuales, principios científicos mezclados con sofismas y blasfemias, dan sendo carácter de evidencia al deísmo puro, ó al panteísmo, ó ateísmo vergonzante, ó al ateísmo sin máscara, que son inoculados con eficacia en los entendimientos que están en aptitud de recibir el virus cultivado, en la ignorancia de la verdadera religión. Constituido así el estado morbo del espíritu, ya no hay horror á las teorías, á los supuestos, á los pensamientos que sean contra-

rios á la Suma Bondad, principio de todo lo bueno en las cosas creadas. Dios es el mayor tormento que aflige á Satanás: el infeliz parece como que delira, se podría decir, si no fuera su sabiduría tan grande como su orgullo, y por tanto, no pudiendo suprimir la causa de su terrible pena, procura siquiera que las criaturas racionales nieguen á su Creador, cometiendo ellas, como él lo hizo, el feísimo y repugnante crimen de la ingratitud. La realización de este abominable deseo la ve cumplida cuando ha conseguido pervertir la ciencia, contaminarla, con lo cual es fácil y cierta la inoculación del veneno en las almas ávidas del saber.

Logrando el Espíritu malo alucinar hombres de talento en una nación, siembra la mala semilla, y al cabo de un tiempo más ó menos prolongado, ve propagarse la maldad en los jóvenes de ardientes pasiones, ambiciosos de gloria y de dinero, que mientras más sabios se consideran, más ignorantes son en la religión, cuya ignorancia determina esa fatuidad que hace ver con desprecio á la ciencia religiosa y á los verdaderos sabios que creen en Dios, porque conocen los fundamentos de la verdadera religión. Llegado el tiempo del desprecio y de la burla, armas poderosas del enemigo, viene la grandísima dificultad para la conversión de los pervertidos. La negación de Dios se extiende: Satanás parece que se para enfrente del Señor para desafiarle, diciéndole: tu predilecto, tu imagen y semejanza, se ha venido conmigo: te odia como yo te aborrezco: ¡he triunfado!

Aquella ignorancia en religión es el agua muerta depositada en la cuenca, que al despreciar á Dios dejan vacía en la humanidad la gratitud, la veneración, el amor santo que debe el hombre, criatura privilegiada, á su Creador, cuando han sido desalojados por la ciencia atea. En ese mar muerto se ahogan todas las buenas disposiciones del hombre hacia la virtud, en esas aguas fermentan y se corrompen la libertad, el amor á los padres, el amor patrio..... De esa fermentación resulta el libertinaje, el anarquismo y todas las plagas que afligen hoy á la sociedad. Satanás, el mono de Dios, como lo ha llamado un Padre de la Iglesia, que todo lo bueno perdió por su infinito pecado, conserva una inteligencia superior, pero perversa hasta un grado supremo. Ha deseado ser siempre adorado por las criaturas como ve que adoran los buenos al Señor; pe-